

—El desayuno está en la mesa, dijo Paula.

—Por supuesto que también harías chocolate para Guillermo.

—Sí señora, ya él me había dicho que se desayunaba aquí.

—Ya lo ven ustedes, ahora sí hay enmienda, y muy sincera.

—Todavía no creo en ella, repuso Lupe.

—Yo venceré esa obstinación. Lupe, desde que saludó á Guillermo, se había fijado en el macilento rostro de éste, y sintió vivísima pena.

Guillermo casi no pudo desayunarse, abrió enteramente su corazón á madre é hija; refirióles todo, absolutamente todo, sus ilusiones, sus temores, sus hondos sufrimientos.

—Perdónenme ustedes, dijo, he sido demasiado expansivo, pero soy sólo en el mundo y necesitaba desahogarme con ustedes, que me conocen y me comprenden, y lloró como un niño.

—Que te conocen, te comprenden y te quieren, dijo conmovida Doña María. Vamos, hijo mío, añadió con dulzura, enjuga esas lágrimas; para todas las cosas hay remedio.

Lupe no pudo hablar, lloraba también, y cuando Guillermo alzó la cabeza bus-

cando á Lupe para oír también su dulce acento que le confortara, los ojos del joven encontráronse con una mirada de infinita ternura que lo decía todo. Guillermo inclinó su rostro bañado por los fulgores de aquella mirada, y murmuró en lo íntimo de su corazón:

—¡Insensato de mí, cuán tarde lo he comprendido!

---

 XV.

Alfonso iba ya al almacén donde le había colocado su padre, solamente entrada por salida; ni él hacía el menor caso de su patrón y camaradas, ni éstos de él. Cuando el señor Sifuentes mandaba preguntar si su hijo se portaba bien, el patrón contestaba siempre que sí, pues temía que la separación de Alfonso originara la inmediata reclamación de algunas cantidades que debía á Don Antonio, todas de plazos vencidos y prorrogados, sin interés alguno.

Alfonso empezó de buena fe la lucha contra los malos hábitos, y aun en los primeros días tuvo algunos bríos, cuanto era posible tenerlos en el estado de debilidad á que tales hábitos conducen; pero

éstos, al verse por primera vez repelidos, atacaron con más vigor, y de nuevo vencieron y sojuzgaron á su víctima, quien con más furor que antes, volvió á sus malas costumbres. No pudo ahogar la voz de la conciencia, que resonaba siempre en su corazón y le atormentaba sin cesar con extraña amargura, que se revelaba en lo exterior por tenaz melancolía; especialmente cuando estaba sólo, aumentaba la intensidad de aquel dolor, que es el infierno en la tierra. Aturdióse, corriendo sin freno por la pendiente del vicio, buscando en él, no sólo la satisfacción de sus deseos, sino el olvido de sus hondísimas penas; pero ¡ay! tras de aquel pasajero aturdimiento que parecía detener la rueda de la tortura, ésta giraba de nuevo con mayor rapidez y precisión, y estrechaba más y más el corazón de su víctima.

El desventurado joven juzgó imposible retroceder, y decidióse á engañar á sus padres; buscó el antifaz de la hipocresía para ocultar las faltas. Todo su afán, su vigilancia toda, empleábalas en cuidar de que sus padres ignorasen las recaídas.

El cariño que tenía á Lupe conteníale algunas veces; pero seguro ya de la posesión de su amor, celebró una transacción con las pasiones, resolviendo darles

rienda suelta hasta el día en que se casara, fecha desde la cual empezaría una nueva vida, laboriosa, honrada y hasta de rigurosa penitencia, si así era necesario, pues Lupe, decía él, era capaz de convertir al mismo Satanás, si de ella se enamorase.

“El Paraíso Terrestre” y las demás elegantes cantinas, volvieron á contar entre sus asiduos parroquianos al rico heredero que gastaba con su acostumbrada esplendidez el dinero arrancado á la debilidad de una madre que no había aprendido á corregir oportunamente á su hijo.

Pocos momentos hacía que Alfonso estaba en “El Paraíso Terrestre,” acababa de tomar la primera copa, cuando llegó Pimpollo.

—Te buscaba, Alfonso, y me dirigí aquí con la seguridad de encontrarte.

—¿De qué la tomas, chico?

—Que me sirvan una cerveza.

—Y bien. Me tienes á tus órdenes.

—La Junta patriótica nos ha inspirado una feliz idea que ya hemos lanzado á los cuatro vientos.

—¿Cuál? dijo Alfonso, pidiendo otra copa, para acompañar á Pimpollo.

—Hemos organizado una corrida de aficionados, cuyos productos se destina-

rán á la celebración de las fiestas patrias. Ya verán si somos patriotas.

—Pero si nunca has visto de cerca á los cornudos “bichos.”

—No obstante, torearé.

—Pues sólo por verte torear, soy capaz de tomar yo también parte en la corrida.

—A eso vengo; ya están comprometidos varios amigos. Perico será picador, Luisillo Flores alguacil, y yo banderillero; queremos que tú seas....

—¿Qué?

—El capitán.

Alfonso rió de buena gana.

—Si se tratara de capear, dijo, sería otra cosa, ya he sacado magníficas vueltas á los toretes de la hacienda de papá; pero, ¡matar! No sabes lo que dices.

En esos momentos llegaron Luisillo y Perico.

—¿Es verdad lo que me dice Pimpollo?, preguntó Alfonso.

—Y tan verdad, repuso Perico, que venimos á sellar el pacto con unas copas, y tú serás de la cuadrilla.

Alfonso movió la cabeza en señal de negativa.

Luis Flores, ó simplemente Luisillo, como le llamaban todos, era hermano de Toña, estudiaba para ingeniero de minas,

y en breve debía de salir para Pachuca á concluir la práctica; era de muy buen carácter, motivo por el cual hallábase bien relacionado. Constante en sus estudios, no había perdido el tiempo y prometía ser el amparo y sostén de su familia. Tenía un defecto: hablar de lo que sabía y de lo que no sabía; de lo que oía decir y de lo que pensaba; hablaba oportuna é inoportunamente. No perdió, pues, Luisillo el tiempo, y espetó una arenga á Alfonso: habló de los toros, de los toreros, de los redondeles que conocía y de los que nunca había visto, y concluyó por brindar por la compañía de aficionados, y por el matador, que de seguro recibiría la más entusiasta ovación.

Entre conversación y cova, y copa y conversación, pasábanse las horas. Luisillo, que nunca se desmandaba en nada, abandonó á sus amigos temeroso de que la locuacidad le detuviera en una ocasión próxima á la embriaguez; Pimpollo hizo lo mismo, pero antes presentó á Alfonso la lista de los comprometidos á la lidia y le instó para que también él la firmara. El rico heredero, animado por el alcohol, la firmó ya sin la menor vacilación. Sólo Perico se quedó con Alfonso, con el firme propósito de no abandonarle hasta haber saciado la sed alcohólica

que le devoraba, y, si había propicia oportunidad, sacar en el juego algunos duros de los que tenía siempre suma necesidad.

Alfonso y Perico, mientras más bebían, menos sentían correr el tiempo, y no notaron el que había transcurrido, hasta que de un solo golpe se encendieron todos los focos de la luz eléctrica.

—¡Qué tarde es ya!, dijo Alfonso. Me voy á casa.

—No, le dijo Perico, aguarda que obscurezca más; no estamos del todo bien, y la gente puede notar.

—Tienes razón.

Alfonso se levantó, dió algunos pasos: podía andar, esto le animó.

—No estoy tan mal; daremos una vuelta para refrescarnos un poco y llegar á casa enteramente bien.

Perico no replicó, y asidos del brazo, salieron de la cantina en dirección á la Alameda. Dieron algunas vueltas. Alfonso estaba triste; temía que su ausencia hubiera sido notada por su padre y cavilaba en la disculpa que le daría.

—Ahora sí, vámonos, dijo á Perico.

—Para acabar de recobrarlos, respondió éste, vamos un rato á casa de Lorenzo; tiene allí una partida bastante animada.

Alfonso vaciló; pero las malditas cartas empezaron á desfilar por su imaginación, ya bastante enardecida por el alcohol, y le incitaban poderosamente al juego.

—Un rato, nada más, dijo Perico.

—Iremos, pero nada más un rato.

—¿Traes dinero?

—Poco; ¿y tú?

—Ni un centavo; pero, no hay cuidado, tienes buen crédito.

Perico condujo á Alfonso á una obscura y recóndita callejuela donde las más noches, en clandestino garito, Lorenzo y Esteban, en criminal sociedad, desplumaban á los viciosos.

Un grupo de jugadores de todas edades, hallábase sentado al rededor de la mesa, cubierta con la verde carpeta. En los asientos de en medio, á uno y otro lado, estaban Lorenzo y Esteban, que alternativamente corrían la baraja. Una "plancha" de deslumbradoras monedas estaba á uno y otro lado de la mesa, en montoncitos de veinte pesos. Los jugadores, preocupados con la fiebre de la ganancia, taciturnos por la emoción, nada veían sino las cartas y las relucientes "planchas." La mofítica atmósfera no les molestaba, y las soeces palabras de los talladores no ofendían á nadie. Esteban

desabrochóse el chaleco, que le oprimía el elevado vientre, y con aguardentosa voz, gritó:

—¡Cóorre!

Alfonso y Perico, vistos sólo por Esteban y Lorenzo, sentáronse en dos asientos, únicos que estaban desocupados en una de las cabeceras. Esteban esperó unos momentos y miró á Alfonso, como diciéndole: falta la apuesta de usted.

—Al caballo contra el cuatro, dijo Alfonso, y puso al caballo un billete de veinte pesos.

—El caballo en la puerta, gritó Esteban.

Alfonso recogió la ganancia, mermada por el descuento de la puerta, y á instancias de Esteban sentóse junto á él. Perico se llevó luego, en calidad de préstamo nunca reembolsable, la mitad de la primera ganancia de Alfonso.

Una hora después, Alfonso, sojuzgado por satánico frenesí, lo había olvidado todo: padre, madre, mujer amada. Jugaba con desesperación, y perdía sin cesar.

Habíanle abierto cuenta, y ésta subía rápidamente.

El matutino crepúsculo se anunció con sus primeros flébiles esplendores, cuando Esteban, dando un golpe en la mesa, avisó que se levantaba la partida.

La luz, que parece traer en sus brillantes ondas perfumes de alegría; que es saludada por las avecillas con aleteos y jubilosos cantos; que regocija el universo, y hasta sobre el abatido corazón de los enfermos y de los desdichados arroja un rayo de esperanza, fué para los perdidos jugadores, y especialmente para Alfonso, un terrible rayo del infierno. Todos instaron á los coímes á seguir jugando; pero éstos, que habían ya asegurado magnífica ganancia, fueron inflexibles.

Poco á poco se despejó aquella antela del averno, espantosa cuna de lágrimas, miserias y crímenes sin cuento, hasta que Alfonso y Perico quedaron sólo con los talladores.

—¿Cómo está mi cuenta? preguntó Alfonso.

—Son cuatro mil pesos justos, dijo Lorenzo; usted dirá á qué hora mando por ellos.

—No, no; replicó Alfonso visiblemente conturbado. Yo se los traeré á usted.

—¿Hoy mismo?

—No, hoy me es imposible.

—¿Mañana?

—Tampoco.

Lorenzo y Esteban se dirigieron una mirada de inteligencia; expertos, como

pocos, conocían perfectamente á los jugadores. Comprendieron en el acto la situación de Alfonso.

—Ea, dijo Lorenzo, es una cantidad relativamente fuerte; pero que nada vale para Alfonso Sifuentes, si le concedemos plazo. ¿Le bastan á usted ocho días para pagarla?

—Sí, contestó Alfonso, que vió el cielo abierto. ¿Pueden suceder tantas cosas en ocho días!, pensó.

Perico había enmudecido; pero con una mano metida en el bolsillo del pantalón, contaba los duros que había ganado, apostando en contra de Alfonso.

Entretanto, Esteban llevó á Lorenzo recado de escribir, y cuatro timbres de á peso, pues cautos jugadores, estaban siempre listos para cualquier evento. Lorenzo, sin dejar de observar á Alfonso por encima de las varillas de los anteojos, escribió algunos renglones.

Alfonso levantóse para despedirse.

—Un momento, joven, estoy escribiendo el pagaré. Alfonso no replicó.

Momentos después, Lorenzo le presentó el documento á Alfonso; éste simuló leerlo, pues estaba completamente aturcido; luego lo firmó con trémula mano.

—Falta cancelar los timbres, repuso Lorenzo.

Alfonso, que ya había dejado la pluma, la tomó otra vez y volvió á firmar sobre los timbres.

—Buenas noches, dijeron Alfonso y Perico.

—Buenas noches.

Resonaban aún en el zaguán del garito los pasos de Alfonso y Perico, cuando Lorenzo y Esteban se miraron, y después de frotarse con fruición las manos, lanzaron una cinica carcajada.

## XVI.

El señor Sifuentes no tenía tiempo para otra cosa que no fueran sus negocios. Sus hábiles combinaciones mercantiles alcanzaban siempre feliz éxito, y su ya crecido caudal aumentaba rápidamente. No acostumbrado á vigilar á su hijo, contentábase con preguntar por él y asomarse los más días á su cuarto, para cerciorarse de que allí estaba. El día que Alfonso jugó, Don Antonio no estaba en la ciudad; acababa de comprar otra finca de campo en la zona algodонера de la Laguna, en el rico partido de Mapimí, del Estado de Durango, y fué á Ciudad Ler-

do con el objeto de reconocer la propiedad y firmar la respectiva escritura.

Alfonso alegróse de la para él tan oportuna ausencia de su padre, y aunque Doña Carmen se afligió hondamente de la recaída de su hijo, éste desplegó tan mentirosa elocuencia, y prodigó á su madre tantas caricias, que la tierna señora lo creyó, ó al menos fingió creerle.

—¡Mamá, mamá! le decía, quiero casarme á la mayor brevedad posible. Ya verás cómo el matrimonio es para mí, remedio, fuerza y felicidad.

—Hablaré á tu padre tan luego como vuelva. Sabe tus relaciones con Lupe y las aprueba, y no rehusará proporcionarte medios para establecerte, y él mismo pedirá para tí á Doña María, la mano de su hija.

Madre é hijo convinieron, pues, en emplear todos sus esfuerzos en pró del proyectado matrimonio, para que éste se celebrase á la mayor brevedad.

Alfonso, á pesar de las malas costumbres adquiridas en el ocio, y fomentadas con las riquezas, creía en la regeneración por el cariño. Amaba de verdad á Lupe, y anhelaba unirse para siempre con ella; pero preocupábale más, por entonces, la deuda que había contraído, y forjóse la ilusión, propia de la inexperiencia, de que

en llegando su padre, daríale sin demora sobrado dinero para establecerse y casarse. De allí tomaré, pensaba, lo que necesito para cubrir esa malhadada cuenta, y no me hará falta lo que tome, porque economizaré mucho en los gastos de boda.

No podía, para pagar, ocurrir á su madre, porque necesitaba revelarle la procedencia de la deuda, lo que, á todo trance, quería ocultar; por otra parte, la caja de Doña Carmen estaba anémica, por las frecuentes y abundantes sangrías que le había aplicado el disoluto hijo.

Con estos pensamientos, acabó por creer firmemente que pagaría el crédito á su vencimiento, y fué tranquilo al almacén. Asistió puntualmente por varios días seguidos, lo que asombró á sus colegas, que le examinaban de pies á cabeza, como si le desconociesen.

A medida que pasaba el tiempo, aumentaba la inquietud de Alfonso: su padre había regresado ya, había ido respetuoso á saludarle, recibióle con afecto y aun con ternura, conversó con él familiarmente, como en mejores días, pero nada le dijo de lo que tanto interesaba á Alfonso. Doña Carmen habíale hablado ya de los proyectos de su hijo, y por única contestación le dijo:

—Todo arreglaré personalmente.

Alfonso estaba desesperado, era domingo y al siguiente día vencíase aquel terrible documento cuyo recuerdo le atormentaba constantemente. Había intentado conseguir una prórroga, habló á Lorenzo y á Esteban, rogóles, suplicóles con las mayores instancias; pero todo fué en vano:

—Si usted no paga, le respondieron, ocurriremos al señor Sifuentes, y si él tampoco paga, procederemos judicialmente contra usted; al efecto, hablamos ya con nuestro abogado.

Lorenzo y Esteban tenían también su abogado: un joven descarado y tramposo, anticipadamente viejo, para el cual estaban cerradas las puertas de las casas donde se tienen en alto aprecio la honradez y el decoro; sabíalo muy bien el abogadete, pero reíase del desprecio de los hombres de bien, pues no vivía de ellos, sino de los perversos. Muchos me necesitan, se decía. ¿qué me importan los otros? Tenía razón: el malvado no busca al bueno para sus iniquidades.

Alfonso pensaba acertadamente que todo lo perdería si su padre sabía la existencia de aquella maldita deuda. Era, pues, preciso, evitar tamaña desventura.

A medida que ahondaba estos pensa-

mientos, crecía la desesperación del joven, quien ya tenía fatigosa la respiración y acelerado el pulso.

Latió con fuerza el corazón del contristado auditor, cuando Doña Carmen mandó hablarle y vivamente emocionado se presentó ante ella.

—Alégrate, hijo mío, le dijo: todo está arreglado. Ayer pidió tu papá para tí la mano de Lupe Figuerola que te fué concedida. Fijóse el ocho de Junio para la ceremonia civil y el diecinueve para el matrimonio eclesiástico.

—Ay, mamá! murmuró Alfonso con profundo desahiento, está lejos, muy lejos: faltan más de cinco meses.

—Paciencia, hijo mío, cinco meses pasan con asombrosa celeridad.

—Pero ¿entretanto papá me dará dinero para todas mis compras.

—No te dará nada; ha dispuesto que vivas en la planta baja de la casa que arreglaremos y amueblaremos convenientemente.

—Pero ¿qué voy á ser toda la vida hijo de familia? ¿con qué trabajo?

—Antonio ha dispuesto también que desde el siguiente día de tu boda, lleves la correspondencia de la casa, pues dice que es lo único de que eres capaz; tendrás un sueldo decente y nada más. En-



tretanto, aprende cuanto puedas en la casa donde te ha puesto, de tí depende ascender con rapidez. ¿Crees que tu padre, si te ve laborioso y bueno, no te dará cuanto quieras?

Alfonso se dejó caer abatido sobre el sofá.

—Pero, ¿qué tienes, hijo mío? ¿Cuándo pensaba comunicarte la nueva más feliz para tí, te entristeces y aun te abates?

El contrariado joven creyó que su dolorosa actitud podría venderle, hizo un esfuerzo y repuso:

—La emoción, mamá: está bien cuanto ha dispuesto papá.

Volaba el tiempo y Alfonso no sabía qué hacer. Resolvióse á solicitar un préstamo. ¿Ocurriría á los prestamistas? No, pues tal paso parecía muy peligroso; por otra parte, ¿querrían prestarle? ¿Qué garantías les daba? ¿Valía algo la firma del hijo del banquero? Pensó luego en sus amigos. Pimpollo gastaba todas sus rentas y no podría facilitarle la cantidad que necesitaba. Además, era muy tonto y poco discreto, iría á contarle á todo el mundo. ¿Ernesto? Quizá; pero no ignoraba Alfonso que era pretendiente de su hermana y solicitar de él un préstamo le era bochornoso y humillante. En las mis-

mas condiciones estaba respecto de Guillermo; pero no había remedio, tenía que elegir entre uno de los dos. El carácter bondadoso y discreto de Guillermo le decidió á preferirle y salió en busca del joven. Hoy es domingo, se dijo, y suele ir al despacho cuando hay correspondencia importante; pero si no está allí, le buscaré en su casa.

Durante el camino, Alfonso sentía toda la amargura de la humillación. Era orgulloso aún en medio de las bajezas del vicio. Había nacido y crecido en la opulencia y en el lujo, y la vanidad encontró en el rico banquero y su familia, bien abonado terreno para prosperar, pues aun la bondadosa Doña Carmen era orgullosa sin siquiera sospecharlo ella misma.

—¿Está aquí Guillermo?, preguntó Alfonso al portero de la casa del señor Minjares.

—Sí, señor, está en el despacho.

Alfonso iba á llamar á la puerta, pero vióla cerrada por fuera con candado. El portero que le observaba, le dijo:

—Debe estar abierta ó entornada la puerta que da al corredor.

Alfonso pasó el zaguán, volteó por uno de los corredores y se acercó á la puerta que le indicó el portero: estaba entre-

abierta, empujó una de las hojas y entró. El despacho estaba desierto. ¿Habrá subido Guillermo á recoger las firmas del señor Minjares? pensó aduertadamente Alfonso. Esperaré.

Estaba pálido, trémulo, agitado, y aquella palidez aumentó intensamente cuando se fijó en la caja de hierro. Lavóse las manos á la frente como sorprendido por un recuerdo; púsose sombrío y atento por un momento como si escuchase la voz de Satanás que le incitaba al crimen; acercóse á la caja, sabía el secreto para abrirla y la abrió temblando. Al sonar el pestillo, aquel sonido repercutió en el corazón del joven, helado de pavor. Fijóse en los rollos de billetes que henchían la caja, tomó al acaso uno, guardólo precipitadamente en el bolsillo, cerró, y volviendo el descompuesto semblante á todos lados, como si le mirasen, salió del despacho y de la casa. En la calle encontró por casualidad, á un gendarme, y tembló de pies á cabeza. Parecíale que en la faz llevaba escrito su crimen.

Llegó jadeante á su cuarto: se encerró, desfajó los billetes y contólos. Eran cinco mil pesos.

—¡Me he salvado! exclamó, y cayó sobre el lecho desfallecido de emoción y de fatiga.

## XVII.

La bandera roja izada en la plaza de toros de "El Progreso," y la música que á la entrada toca, anuncian que es día de función. Ruedan por las calles céntricas los pocos carruajes particulares que hay en Zacatecas, y en breve conducirán á la plaza á las más guapas jóvenes de la ciudad, que reinas por algunas horas, presidirán la fiesta.

La tarde está hermosa; en las gradas de sol ondula un mar de humanas cabezas y óyese la confusa vocería del pueblo que concurre alborozado á su diversión favorita. La sombra va rápidamente llenándose: ocupa los palcos la "crame" y en los asientos cercanos la a contravalla los más ardientes taurófilos esperan ansiosos el principio de la corrida: dependientes, empleados, jóvenes ricos llenan tales asientos.

La plaza está recién regada y las artísticas banderillas de varios y vivos colores, columpianse, prendidas por la punta, de una cuerda horizontal tras de la valla. De vez en cuando óyese el grito de alguno que otro guasón que mata el tiempo con ocurrencias no siempre graciosas, con pesadas bromas ó idicharachos.

El momento se aproxima: entran los

músicos, á paso veloz, con los instrumentos debajo del brazo, suben las gradas de sombra para ocupar el lugar á ellos destinado. De trecho en trecho, aquí y allá, destacan: un gendarme de negra polaina, y uniforme azul con blancos alamares al pecho, palo y pistola al cinto y recto como un poste. Oyase de repente un grito unánime, negociado y agudo; y después de él, entran algunos ¡bravos! nutridísimo y prolongado aplauso. Todos vuelven la vista al regio palco, acortinado, y sobre cuyo arco tremolan enhiestas banderitas tricolores. La regia comitiva marcha arrogante embalsamando las aéreas ondas con el perfume que exhala. Los "chambelanes," entre los que se encuentran Guillermo y el Lic. Cortés, visten de rigurosa etiqueta, y las reinas, traje semicorto que deja ver los diminutos pies primorosamente calzados y aún algo de la media de vivo color, en armonía con el riquísimo traje. Ostentan las soñadoras cabecitas juveniles ramos de flores y enormes peinetas de teja de fino carey, y lucen la española mantilla artísticamente caída hacia la espalda. Toman asiento aturdidas por el entusiasta clamoreo de los espectadores y las dianas de la banda, y tras ellas, en pie, como pajes reales, permanecen los "chambelanes."

Ocupan los asientos del centro Lupe y Maria Teresa, aquélla vestida de amarillo y negro y ésta de azul y blanco; dos hermosuras enteramente distintas y arrebatadoras las dos. A la derecha, Anita con brillante traje blanco, y Lola con traje rojo y negro, y á la izquierda Mercedes y Toña, vestidas de color de rosa y verde esmeralda respectivamente. A la derecha del palco, en la grada contigua á él, un soldado de infantería, en pie y clarín en mano, con la cara semivolteada hacia el palco, espera órdenes.

—¡Tooro! grita el público. Guillermo, que acompaña á Anita, le dice que dé la señal. Anita no cabe en sí de júbilo; el placer colorea sus mejillas é ilumina sus ojos. Creese reina de verdad. ¡Qué bello es el mundo para Anita! ¿Por qué, piensa, le llamarán valle de lágrimas? ¡Insensatos!

—Toque usted, dice con voz de mando, al soldado.

La sonora voz del clarín dominando los aplausos y los clamores, vibra en el aire. La música toca una transcripción de "Carmen," y la cuadrilla, arrogante y alineada, aparece en el redondel. El alguacil, con pantalón corto de terciopelo, media de seda, choclos con dorada hebi-

lla, luengo chaleco, capa corta, sombrero de ala doblada con enhiesta pluma, todo negro, va delante, en brioso corcel. Luisillo palidece á cada cabriola del noble bruto, que espumajea al tascar el freno y sentir la fuerza de las riendas. Alfonso y Pimpollo encabezan el grupo de los peones, formado por la aristocrática juventud zacatecana; marchan donosos con la roja capa al hombro y en varonil actitud; siguen luego los picadores, garrocha en mano, gentiles caballeros en flacos rocines, y al último los "monos sabios," con pantalón blanco, gorro y blusa nojos, arrear las engalanadas mulas que al son de los cascabeles que rodean su cuello iérguense y enhiestan las orejas al oír el tronido del látigo. Párase la cuadrilla frente al palco real, descúbrense los lidiadores y saludan; correspondenles las reinas con una ligera inclinación de cabeza, y aquéllos desparrámanse por el redondel. Cerca del coso y de la valla, los picadores, después de bajar el tapojo á sus potros, esperan al toro, garrocha en ristre y con el cuerpo inclinado hacia delante. Pimpollo, con la capa tendida al suelo, aguarda pálido y trémulo la primera embestida de la fiera. Un joven encaramado en la valla y con la moña en

la diestra, acecha el oportuno momento de clavarla al "bicho."

El alguacil, antes de retirarse, acércase de nuevo en su brioso corcel al regio palco, descúrese y recibe en su sombrero la dorada llave del toril, que Anita le arroja con donaire y entusiasmo.

Suena de nuevo el clarín: la puerta del toril ábrese de par en par, y un toro gigantesco, según lo vió Pimpollo, sale rugiendo, coceando y espumajeano rabioso. Pimpollo, á no ser porque en esos momentos infundióle valor su adorada Dulcinea, hubiera sin escrúpulo vuelto las espaldas á aquel demonio cornudo. Sacudió la capa sin saber cómo, y el "bicho" alejóse, contentándose con embestir á Pimpollo y dejarle sobre el hombro en blancas burbujas una prueba de su furor.

Aquí y allá corren los gladiadores, tendiendo al suelo las capas, ó agitándolas al aire; ya un diestro deja burlado al "bicho" sacándole magnífica vuelta; ya otro corre desahogado arrastrando la capa que á media carrera suelta, para entretener al toro cuando le siente cercano, y mientras la fiera levanta en las astas la roja capa, el diestro pone ligero el pie en el barrote de abajo de la valla y las manos

sobre ésta, y vuela por los aires, salvándola y burlando al encolerizado "bicho." Perico le provoca luego; el toro ruge, olfatea y cava la tierra alternativamente con las pezuñas de una y otra mano, y mira irritado á Perico, que azota á su rocín, y garrocha en ristre, reta á la fiera á singular combate; el cornúpeto vacila, un peón le pasa la capa por la cara, obligándole á dar media vuelta, y queda frente á Perico, contra quien arremete con furioso ímpetu, y caballo y jinete caen en tierra; mientras aquél, á los golpes de la fiera se levanta despavorido y corre al rededor del redondel, y tras de él un "mono sabio," lazo en mano, para detenerle, Perico, ayudado de los peones, trabajosamente se levanta empolvado y cojeando, métase en el burladero, el cual, apenas entra el picador, truena al furioso golpe que contra él acestan las astas del enardecido "bicho." Gritos, risas, silbidos y aplausos, óyense por todas partes con infernal estrépito, como si acabaran de dar libertad á centenares de hambrientas y enjauladas fieras.

Entretanto, el otro picador, á media plaza, desafia al toro, que embiste luego iracundo y decidido, levanta con las astas por el encuentro al caballo, y por

unos momentos permanece éste casi enhiesto, y el feroz empuje del toro es contenido por la garrocha del jinete, que asido de ella á dos manos y encorvado y firme sobre los estribos, resiste la tremebunda embestida. La fiera, al fin, quebrantada por el dolor que le causa la punta de la garrocha, retrocede y huye vencida, y el picador, al faltarle el apoyo, suelta la garrocha y tiene que abrazarse del cuello del caballo para no caer. Entre bravos y vitores se desencadena una tempestad de aplausos y los sombreros caen de todas partes al redondel, mientras que la banda toca dianas una tras otra.

El afortunado picador, jadeante aún, á una señal de las reinas, sube al regio palco, quitase el sombrero de charro, hinca una rodilla y las suaves y aristocráticas manos de María Teresa, cíenle una banda de ancho listón azul con primoroso ramo de flores artificiales prendido en el centro, y la concurrencia repite el estrepitoso aplauso.

Aprovechando el entusiasmo y la ocasión de que Guillermo se acerca á María Teresa para darle la banda y las flores, dícele al joven.

—¿Por qué estás tan serio, Guillermo?

—Serio, no; triste, muy triste, si estoy.

—Si en algo te he ofendido, ha sido sin intención. Discúlpame.

Y los novios dirigiéronse una mirada que fué el beso de dos almas.

Suena el clarín, tocando á banderillas, y Pimpollo, entre risueño y medroso, cuádrase en medio del redondel; á una mirada de Lola, anímase, y golpeando el suelo con el pie, grita con resolución al gigantesco toro, que ya no le parece tan grande:

—¡Ea, becerro!

El animal, como si hubiera recibido la mayor ofensa, arremete contra Pimpollo, que no se mueve, y levántale en las astas. El banderillero que, según juró después, nada sintió, vuela por el aire, da una vuelta completa con los brazos tirantes y apretando entre las manos las banderillas. La fiera, que le esperaba con la cabeza erguida, como si quisiera jugar á la pelota con quien le había lanzado el denigrante epíteto de "becerro," véle venir patas arriba y aun parece regocijarse; pero huye y da un bramido de rabia al sentir en el cuello, antes que el cuerpo de Pimpollo, los chuzos de las banderillas, tan bien clavadas, que el más

afamado diestro hubiera anhelado tal hazaña. Indescriptible fué el entusiasmo, y la halgazara en que se desbordó la multitud.

—¡Viva Pimpollo!

—¡Bien por Pimpollo!

—¡Bravo, bravísimo!

—¿Fumaste "Canela Pura"? grita un barretero.

Lolita, que, durante el instantáneo paseo de Pimpollo por el aire, había gritado, gesticulado, hecho trizas el abanico, apretando nerviosa las manos y brazos de sus vecinas reales compañeras, é invocando á voz en grito á todos los santos del cielo, acabó por reirse al ver á Pimpollo levantarse del suelo sin novedad sacudiéndose risueño el polvo y calzándose con donaire la cachucha.

Momentos después, el heroico Pimpollo, recibía en el regio palco, de manos de Lolita, el merecido premio, entre atronadores hurras y bravos, y la nerviosa joven entusiasmada contribuyó á la ovación desprendiéndose del peinado una roja camelia y obsequiando con ella al insigne banderillero, que loco de alegría, por poco vuela desde el real palco hasta en medio del redondel, é indudablemente hubiera hecho ese otro milagro, si Gui-

lhermo, que notó la precipitación del joven, no le contiene, asiéndole de un brazo.

Animado otro banderillero con el público entusiasmo, llama á la fiera, aquí y allá, ora abalanzase, ora retrocede, hasta que logra componerla, corre á su encuentro, y pónesele en frente, y el mismo "bicho," al embestir, se ensarta las banderillas y el diestro rehuye el cuerpo, mientras el toro, cabriolando, busca con el espumoso hocico á uno y otro lado del cuello las banderillas en él clavadas.

Toca á muerte el clarín. Alfonso, que, en pie, cerca de la valla, con la muletilla y la espada en la mano, esperaba tan solemne momento, avanza hacia el palco de las reinas, detiéndose frente á él, descúbrese, y, puesta en alto la diestra, dice:

—Brindo por las guapas zacatecas, reinas de verdad, que se han dignado presidir la fiesta.

Arroja á lo alto la cachucha, y animoso y resuelto, dirígese hacia el toro. Siéntele el animal y vuélvese contra él. Alfonso, después de dos magníficas vueltas, coge con la diestra la espada, saca aún otra vuelta, que prepara al toro, y tiende la espada. La fiera vacila un momento y lánzase resuelta contra el diestro; hún-

dele en el cuerpo parte de la espada, ruge, se tambalea y cae en tierra convulsa. En el acto un peón remata al toro hiriéndole de punta en medio de la cerviz.

El popular entusiasmo llega al frenesí, y entre aplausos y vítores sube el afortunado capitán al palco real, donde la encantadora Lupe le ciñe la más hermosa de las bandas.

Los "monos sabios" atan de las patas á la muerta fiera, afiánzanle en las argollas de la polea, azotan á las mulas, que al son de los cascabeles, parten al galope, arrastrando el cuerpo del cornúpeto, que deja un ancho surco en el redondel, y tras ellos corre el muchacho con la carretilla, donde ha recogido la ensangrentada arena.

Cuando la luz del vespertino crepúsculo empezó á recoger su áureo manto y se anunciaron las primeras sombras de la noche, concluyó la corrida, sin que, durante ella, decayese, ni el brío y arrojo de los aficionados, ni el popular entusiasmo. Los elegantes "landeaus," situados á la salida de la plaza, reciben de nuevo en sus mullidos cojines la valiosa carga de las reales bellezas, acompañadas de los galantes "chambelanes." Los briosos corceles con la cabeza erguida, moviendo

arrogantes las manos en airoso y simétrico trote, truenan las herradas pezuñas en el empedrado de las calles, que de vez en cuando fosforece, y dirígense á la Allameda para pasear á las reinas de la fiesta, tras las cuales vánse todas las miradas

## XVIII

Guillermo, todos los días hacía corte de caja en la contabilidad; pero como el dinero estaba exclusivamente á su cuidado y los rollos de billetes contenían cantidades determinadas, al practicar tal corte contaba en globo y no pormenorizadamente; pero nunca dejaba pasar un mes sin practicar minuciosamente la operación, y siempre le salían iguales la existencia y el saldo. Hallábase ocupado en esta operación, y al encontrar un déficit de cinco mil pesos, no se alarmó, creyó firmemente en una equivocación; pero cuando después de repetir la cuenta varias veces, el resultado fué idéntico, que dóse frío, y un horrible presentimiento torturó su corazón.

Revisó cuentas, documentos, libros, y

nada; la cantidad no parecía. En esta tarea estaba, cuando entró el señor Minjaves, y viéndole tan preocupado y afanoso, abriendo y cerrando cajones, y hojeando libros y papeles, preguntóle qué ocurría.

—Me faltan en la caja cinco mil pesos, contestó Guillermo, seguro ya de que esa suma había desaparecido.

Don Ignacio, que amaba el dinero con cariño firme y siempre creciente, se quedó atónito.

—No puede ser, exclamó, después de algunos momentos. Revise usted bien.

—Lo he revisado todo muchas veces, y no me cabe la menor duda de que alguien ha tomado de aquí esa cantidad.

—Pero si la caja está confiada á usted y sólo usted sabe el secreto de ella.

—Es verdad, y sin embargo, el dinero falta.

—Repito que no puede ser: habrá usted dispuesto de él.

—Jamás dispongo de lo que no me pertenece, repuso Guillermo, visiblemente indignado.

—Se habrá usted equivocado. Veamos esas cuentas.

Don Ignacio, silencioso y con la faz sombría, revisó todas las cuentas y documentos, y contó la existencia; el déficit era